Un león rampante

Mary Roberts Rinehart

Obra original: A Lion Rampant –Mary Roberts Rinehart, 1909.
Edición: Traducción por Fernando Guzmán, 2026.
Nota legal: La obra original en inglés está en dominio público.
Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons Attribution 4.0 International (CC BY 4.0).
Para consultar los términos de esta licencia visite
http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/
Se autoriza su libre impresión, difusión y/o comercialización, así como la realización de obras derivadas, siempre que se otorgue adecuada referencia a esta traducción al español.

ARCHIVO
HISPÁNICO

UN LEÓN RAMPANTE

Casi no habíamos comprendido lo que iba a ser, hasta la noche de la cena de los banqueros. Celebraron una especie de jubileo cuando lo peor del pánico terminó y pudieron abolir los certificados de la cámara de compensación—algo parecido a quemar la hipoteca de una iglesia.

Era más de las dos cuando papá emprendió el regreso a casa. Habíamos renunciado a nuestros automóviles durante los tiempos difíciles, y papá tomó lo que Jim llama "el coche de dólar y medio", es decir, un cabriolé barato. Se bajó en la esquina y empezó a caminar hacia la casa. Justo junto al macizo de hortensias vio la rama de un árbol tendida sobre el cemento. Papá la pateó, pero solo cedió un poco y volvió a su lugar, así que encendió un fósforo y se inclinó para mirarla.

Por fortuna, Jim también había salido tarde. Bajó de otro coche en la esquina y casi se topó con papá, que estaba en la acera intentando encender su pluma estilográfica con un fósforo. Fue por el resplandor del fósforo que Jim lo reconoció.

—¡Hola, papá! —dijo. Esta fue la versión de Jim después—. ¿No te da vergüenza darme semejante ejemplo?

Papá intentó sonreír y dijo que había comido demasiado, y que mejor daría una vuelta a la manzana antes de acostarse; pero Jim lo convenció de volver, y se encaminaron a la casa. A mitad del sendero papá se detuvo.

—Creo que no entraré, después de todo —protestó—. Voy... voy a pasear por el jardín. No hay nada como el aire nocturno cuando uno ha comido de más.

—¡Pamplinas! —dijo Jim—. Ven a mi cuarto y te daré un poco de soda.

—Dos copas de champaña, James —dijo papá, casi histérico—, y un dedal de benedictino, eso es todo, te doy mi palabra; y sin embargo, aunque me cueste la vida, no puedo evitar pensar que esa rama de árbol tendida en el sendero junto a ti... ¡se está moviendo!

Jim miró. Luego retrocedió y encendió un fósforo. Se estaba moviendo, engrosando hasta ser el doble del brazo de un hombre, y avanzando lentamente con viscosidad. ¡Era una boa constrictora!

Por supuesto, cuando ambos la vieron, supieron que era real. Jim dijo que tenía la cabeza levantada y que medía al menos ocho pulgadas de grosor. Entonces, al ver que parecía encogerse sobre sí misma, retrocedieron hasta la verja sin darse la vuelta, mirándose con solemnidad.

—Será mejor probar la puerta trasera —sugirió Jim; así que fueron a la esquina y cruzaron el terreno de los Frisbee, encendiendo fósforos para no pisar otra boa. Y, en efecto, cuando saltaron la cerca y papá se torció la rodilla, había otra enrollada como una manguera de bomberos en el felpudo de la puerta trasera.

Parecía dormida, y Jim quería pasar por encima y tocar el timbre, pero papá no lo permitió. Dijo que podía ver cómo agitaba la punta de la cola, como si estuviera enojada.

—Voy a accionar la alarma de incendios —dijo furioso—; y después de ahogar a este zoológico, voy a cruzar la calle y matar a alguien en ese parque de diversiones.

Había lo que mamá llamaba un "parque barato" justo enfrente. El lugar se llamaba Eden Garden.

Llegaron a la caja de alarma, y papá tiró de la palanca. Jim se divertía enormemente; se recostó contra la cerca de piedra de los Frisbee y le dijo a papá que enviara una alarma general ya que estaba en eso. ¡Y la parte superior de la cerca se movió bajo su brazo! Era otra serpiente, y lo último que vieron de ella, dijo Jim, fue que intentaba levantar la tapa de una alcantarilla para meterse bajo tierra.

En ese momento la gente empezó a correr desde las puertas del parque, y un joven se acercó a papá. Llevaba una manta en el brazo, y con él venía un hombre moreno con un turbante blanco, cargando una cesta. Al ver a papá, se detuvieron.

—¿Qué está ardiendo? —preguntó el joven.

—Nada —bufó papá, tirando otra vez de la palanca—. Algunas serpientes se han escapado del Edén, y estoy llamando a San Patricio.

Las máquinas de bomberos ya subían por la calle, dijo Jim, y papá estaba fuera de sí.

—¡Les mostraré —gritó— que los miembros respetables de la comunidad no pueden ser mordidos por serpientes!

—¿Mordido? —exclamó el joven—. ¿Dónde lo mordió?

—No importa si me mordió en la pierna o en el porche trasero —gruñó papá, y entonces llegaron los bomberos.

Fue Suzanne, la doncella de mamá, quien nos despertó. Cuando mamá vio los carros de bomberos, dijo que una adivina le había advertido que moriría quemada, y le ordenó a Suzanne que se salvara junto conmigo. Bajé a la puerta

principal, y no había señal de fuego en ninguna parte, salvo lo que los bomberos sacaban de las máquinas. En el escalón de la veranda había un joven bien parecido, con pantuflas y un abrigo de automóvil, y un indio con turbante blanco. Entre ambos intentaban meter una serpiente en una cesta.

—¡Linda muchacha! —decía el joven—. Es una dama. ¡Rápido, ahora!

Cuando cerraron la tapa de la cesta, el joven se volvió hacia mí.

—Pensamos que era Isabel —explicó—, y ella es tan tranquila como una paloma; pero resultó ser Emma Louise, y está teniendo un berrinche.

—¿Qué está ardiendo? —pregunté, pues la casa parecía tranquila.

—Nada —dijo el joven, evidentemente tratando de no notar lo que yo llevaba puesto—, salvo un caballero mayor, que arde de furia. Lamento que mis mascotas la hayan molestado, señorita Atwood. ¡Sabía mi nombre!—. Soy Balsinger, de Eden Garden, justo enfrente. Somos vecinos, ¿ve? Puedes seguir, Kubar. Si alguna vez desea venir, señorita Atwood, me encantaría enviarle un pase.

—No se moleste —dije fríamente.

No parecía tener prisa por irse. Se quedó mirándome, y creo que recordó que no llevaba cuello, porque se subió el abrigo.

—Estoy pensando en cambiar el nombre —insistió, sin desanimarse—. *Paradise Place*... ¿qué le parece? Aliterativo, ya sabe: Eden Garden—¡Paradise! Además, es curioso, nuestro portero se llama Pedro. ¿No me permite enviarle un pase?

—Sería completamente inútil, gracias —respondí.

Esta vez pareció entender que su jardín no era un tema agradable, pues levantó el sombrero y, con una breve promesa de que mantendría sus serpientes en el Edén de ahí en adelante, se alejó por el sendero.

Mamá era una Peabody, y los Peabody habían sido dueños de toda esa parte de la ciudad. Vivíamos en la vieja casa Peabody, y la mayor parte de la propiedad se había vendido a gente respetable. Justo enfrente, sin embargo, había quince acres de lotes que mamá se negaba a vender, porque no podía estar segura de qué clase de personas los comprarían. Había muchos recién llegados ansiosos por vivir en North End Avenue; pero antes que venderles, pastoreamos vacas durante años en pleno corazón de la ciudad. Los periódicos solían calcular el interés perdido, y decían que cada brizna de pasto que las vacas comían valía como cincuenta centavos.

Papá sabía lo que iba a pasar cuando convenció a mamá de arrendar el terreno por cinco años. Nadie construiría, lo sabíamos, con un contrato así, y el alquiler parecía sorprendentemente alto. Nunca imaginamos la verdad: que íbamos a tener un parque de diversiones con luces eléctricas y atracciones en los terrenos Peabody.

Un hombre llamado Balsinger había conseguido la propiedad, y durante toda la primavera sus obreros martillaron y serrucharon. Levantaron una cerca blanca de quince pies y una puerta con torres como un puente levadizo medieval. Todo el lugar brillaba con luces eléctricas, y todo el verano—no nos atrevimos a irnos a ningún lado, por miedo a encontrarnos con nuestros vecinos—todo el verano una banda tocaba sobre la puerta, bebía cerveza y se limpiaba la boca en su manga dorada.

Fuimos muy fríos con papá. Teníamos que cenar al ritmo del *ragtime*, y Evans, que había estado en la familia Peabody por años, empezó a servir los platos con sacudidas, y a moverse alrededor de la mesa como en un paso de baile, siguiendo la música. Si era un vals lento y soñador, la cena podía durar horas.

Así que puede entender cómo me sentía hacia el señor Balsinger. No podía olvidar, aunque pareciera un caballero, que sus cacahuates ensuciaban nuestras aceras, que el papel rojo de sus palomitas volaba sobre nuestros jardines, que su zoológico aullaba a la hora de comer, que su multitud pasaba frente a nuestra casa en las noches de verano, empujando algunos bebés y cargando a los demás. Lo peor de todo fue que su elefante se escapó un día y jugó al diábolo con el pomerania de mamá y una cuerda de tender ropa. A la mañana siguiente, cuando examinaba el césped cubierto de huellas como platos, él tuvo el descaro de venir.

—Estoy nuevamente a sus pies, señorita Atwood —empezó, quitándose el sombrero.

—¿Son estas sus huellas? —pregunté helada.

—Lo siento más de lo que puedo decir —dijo abatido—. Tommy suele ser un animal de buen carácter. Pero—si me permite decirlo—nunca dispare una pistola de amoníaco en la trompa de un elefante. Seguro que se pondrá desagradable.

—Metió la trompa por la malla del comedor —lo acusé.

—Solo quería cacahuates —suplicó el señor Balsinger—. Se necesitaron como cuatro pecks para borrar el recuerdo de ese amoníaco.

Fue mamá quien usó la pistola, pero no consideré necesario explicarlo. Era curioso, ahora que lo veía a la luz del día, notar lo negras que eran sus pestañas, mientras sus ojos eran más bien gris claro.

—Tendré el césped como nuevo para la tarde —dijo, al verme mirarlo.

—Lo creo difícilmente posible —respondí seca—. Ha tomado cien años de cultivo hacerlo lo que es.

No pareció impresionado.

—Tendré un césped tan bueno como ese en el Edén para el próximo verano —dijo con calma—. Si no, me pondré de manos y rodillas y me lo comeré. ¿Le gustan las películas?

—№

Yo estaba de pie, esperando, pero él no tenía prisa por irse. Sus ojos no eran tan claros, después de todo.

—Lo lamento. Esta semana hay una buena pelea de box y un viaje por el Nilo en lancha motora. Los filmé yo mismo. —Mamá había salido del comedor y nos observaba con su lorgnette—. He viajado muchas veces —decía el dueño del Edén—. Primero crucé en un barco de ganado, cuidando reses. Luego trabajé como fogonero en un transatlántico para regresar. Siempre tuve que esforzarme. En la universidad me levantaba a las cuatro para repartir hielo. Entré al negocio de espectáculos con un oso enfermo que compré por tres dólares y una botella de whisky. Eso fue hace ocho años.

El señor Balsinger metió las manos en los bolsillos y miró pensativo hacia la pintura blanca y los senderos de corteza de su Edén. De allí sus ojos volvieron lentamente al césped aterciopelado a sus pies.

—¿Cien años, eh? ¡Un siglo de cultivo y deshierbe! —me miró con picardía—. Supongo que ocho años apenas cuentan, ¿verdad, señorita Atwood?

—Apenas.

Mamá seguía mirando, así que no me atreví a sonreír. Era casi imposible no hacerlo, su buen humor era tan contagioso. Empezó a irse; luego se volvió y me miró directo a los ojos.

—No estoy tan seguro de eso. Este es el tiempo de resultados rápidos. Es cuestión de desear algo lo suficiente.

—¿De qué habla? —pregunté, pues ya se iba—. ¿Se refiere al Edén?

—No —dijo—. Me refiero... ¡al paraíso! —Y con eso se fue. Era lo más insólito, de cualquier manera que se piense.

Después de eso, durante tres semanas lo vi solo cuando pasaba volando en su mareante automóvil rojo y blanco, con “Eden Garden” en letras doradas en el capó. Había puesto un ejército de jardineros a trabajar, cortando y rodando sus

céspedes, y empezaban a verse realmente aceptables. El 4 de julio la multitud fue terrible. Papá dijo que no iba a tolerar el atropello mirando los fuegos artificiales, así que se acostó temprano. En medio de *La caída de Pompeya*, sin embargo, mandó a Evans a buscar a mamá. Resulta que un palo de cohete había caído y le había golpeado la cabeza. Dijo que no estaba cerca de la ventana, y que la cosa debió dar un doble salto mortal para alcanzarlo.

Al día siguiente recibí por correo un pase para Eden Garden. No había tarjeta, pero atravesadas en el borde venían media docena de briznas de césped nuevo, de unos cuatro centímetros de largo. Y esa misma noche la hermana de mamá en Lakewood comió una ostra en mal estado, y llamaron a mamá. Papá la llevó al tren, y no regresó. Jim y yo estábamos solos después de la cena, y casi por accidente mencioné el pase.

—¿Quemarlo? —dijo Jim—. ¡Ni pensarlo! Ponte el sombrero, como buena chica, Alicia, y yo te acompaño.

No tenía excusa. Era perfectamente consciente de que en el momento en que pusiera un pie bajo el puente medieval, mi tatarabuela, que era una Van Zandt, se daría vuelta en su tumba bajo el pavimento de la Iglesia Reformada Holandesa.

Entramos descaradamente bajo la banda, pasamos junto a Pedro el portero, bajo el letrero eléctrico que decía: *"Si tienes risas, prepárate para soltarlas ahora"*—y el asunto quedó hecho. Caminamos junto a una laguna, en un frenesí de luces, y lo primero que vimos fue ¡a papá! Estaba parado frente a una tienda japonesa, lanzando unas bolas. Lo vimos pagarle al japonés un billete y recibir una extraña bandejita para horquillas. Justo cuando nos preguntábamos qué haría con ella, se acercó a una mujer bonita con un bebé en cochecito y le ofreció la bandeja.

—Le ruego que la acepte, con mis cumplidos, señora —dijo con su mejor estilo —. Es para la joven dama en el cochecito.

El bebé no era niña en absoluto; cualquiera menos papá lo habría notado. La mujer tomó la bandeja y se quedó mirándolo mientras él se alejaba con las manos a la espalda, y lo siguiente que supimos de él fue que se iba en un viaje al Polo Norte. Lo vimos otra vez esa noche, bajando de una montaña rusa. Llevaba el sombrero sobre los ojos, para que nadie lo reconociera, y una mujer detrás lo agarraba del cuello y gritaba como loca. Con el aval de la familia, por así decirlo, me sentí mejor; y cuando nos encontramos con el señor Balsinger, y descubrimos que pertenecía a la fraternidad de Jim, lo correcto fue ser amables con él. En cierto modo, era nuestro anfitrión.

Después de eso fuimos seguido. Esperábamos hasta que papá y mamá estuvieran en medio de una partida de *double Canfield*, comprando la baraja por cincuenta centavos y ganando un níquel por cada carta que sacaban—porque

mamá no apuesta de verdad—y entonces Jim y yo nos escabullíamos al parque. A veces Jim se alejaba y dejaba al señor Balsinger conmigo, y él era realmente muy interesante. Debo admitir que había momentos en que tenía que esforzarme mucho para recordar el carro de hielo, el barco de ganado y el automóvil con "Eden Garden" pintado en él. Y mientras tanto, los céspedes crecían maravillosamente.

Luego, lo primero que supimos en casa fue que Jim había aceptado la subgerencia del parque. Hubo una escena, por supuesto, con mamá, y la furia de papá se mitigó por el hecho de que era la primera vez que Jim quería hacer algo.

—Es negocio —dijo Jim—. No voy a guiar el camello, mamá, ni a vender palomitas. Te digo que ese tipo Balsinger es un triunfador, y el pequeño Jimmy va a seguirle el paso también.

Burgoyne Estep volvió de los Adirondacks a mediados de julio y me propuso matrimonio. Hasta el instante en que lo vi, había esperado aceptarlo, pero en el último momento dije que no. La verdad era que esa misma mañana un hombre del parque había cruzado la calle con una espléndida canasta verde y dorada. Y dentro, con una tarjeta en un sobre, como si fuera un ramo, había un pedazo de césped cuidadosamente cortado, cubierto de pasto joven y fuerte. No había nada más que la tarjeta. Por fortuna, mamá no estaba levantada en ese momento.

Esa tarde papá llegó a casa de muy mal humor. Tiró el periódico de la tarde sobre la mesa del vestíbulo y gritó por mamá. Subió pisando fuerte, y a los cinco minutos me mandaron llamar. Mamá estaba en su tocador, y papá caminaba de un lado a otro, hablando solo. Cuando entré, se detuvo frente a mí.

—Ah, ¿eres tú? —exclamó—. ¿Qué significa que estés alentando a ese tipo de las máquinas de níquel... ese Balsinger?

—Nunca lo hice —dije—. Apenas lo conozco.

—¡Ahí está! —gritó papá triunfante, volviéndose hacia mamá—. Es la audacia del sujeto. Te lo dije. Lo puse en su lugar. Le dije lo que pensaba de su impertinencia. Le dije que esperábamos algo mejor que un espectáculo de luces en el escudo de armas de nuestra hija.

—Si quieres decir, papá —empecé—, que la persona de enfrente se ha atrevido a ir contigo...

—¿Atrevido? ¡Por Dios, hizo más que eso! Dijo que lo hacía lamentar no haberse casado contigo primero, y que luego telegrafiaría para pedir mi consentimiento.

Pude haber llorado de furia, pero cuando le conté todo a Jim, él solo se rió.

—¡Un espectáculo de luces en su escudo de armas! —dijo enseguida—. Vamos, querida, un buen espectáculo eléctrico vale más que la corona de un duque hoy en día. Y, de todos modos, Balsinger evidentemente ha decidido que te va a conseguir, así que ya estás conseguida.

Estoy segura de que nunca hubo un cortejo igual. Mamá decidió llevarme lejos de inmediato, aunque no era necesario; nada podría haberme inducido a entrar en el Edén otra vez. Pero pensó que lo mejor era esperar hasta después del 12 de septiembre. Esa era la fecha del nacimiento del bisabuelo Peabody, y según su testamento, los herederos debían volver a la vieja propiedad al menos parte del día. Si la idea era mantener fresco al fundador en la memoria de la familia, funcionaba. Todos hablaban de él sin afecto; y después de que la vieja casa se quemó, se convirtió en una especie de picnic, con todos los parientes volando de regreso a Bar Harbor o Lenox tan pronto como podían. La granja no podía venderse, según el testamento, y nadie la alquilaba; así que se había convertido en un enredo de bosques, maleza y hierbas, con media hectárea despejada alrededor de la lápida del bisabuelo Peabody. Y allí siempre hacíamos el picnic.

Mamá fingía que le gustaba ir, pero ninguno de los demás hacía esfuerzo. Papá gruñía por tener que comer frío, y Evans renunció dos veces cuando el 12 cayó en día lluvioso. Ese año fue más horrible que nunca, porque yo estaba en desgracia. La tía Louise aún sufría por la mala ostra, así que estábamos solos.

Esto trae a colación al señor Pickwick, aunque cuando Jim me mencionó su proyecto nunca imaginé que elegiría el 12 de septiembre.

—Aquí está la idea, Alicia —dijo Jim—. Verás, Balsinger es un experto en filmar películas, y tiene una idea. Vamos a hacer una cacería de leones, en el campo, conmigo montado en un elefante y disparando balas de fogueo tan rápido como mi asistente pueda pasármelas. Tal vez saquemos al otro elefante también, con nativos encima, para que parezca natural. Balsinger tendrá la cámara en la parte trasera de un coche ligero, con un pedazo de carne atado, y el señor Pickwick amarrado con una cuerda fina. Arranca el coche y la máquina, y deberíamos obtener una gran película del viejo Pickwick en la pista, babeando por sangre.

—¡Supón que se suelte! —me estremecí.

Jim se rió.

—¿Pickwick? —dijo—. ¡Si es tan manso que cree que es un gato, y trata de subirse a cada regazo que ve! Los niños lo montan, le rascan la espalda y le dan cacahuates que no puede masticar porque no tiene dientes. ¿Gentil? ¡No muerde ni una pulga por miedo a lastimarla! El único problema es encontrar un lugar lo bastante salvaje cerca de la ciudad. ¡Por Dios, la granja Peabody!

Olvidé todo de inmediato. La próxima vez que el automóvil rojo y blanco pasó frente a la casa, miré por encima de la cabeza del conductor sin saludar. Después de eso, durante tres días pasó mirando derecho al frente, y supe que había comprendido lo escandaloso de su conducta. Luego, al cuarto día, esperó deliberadamente para atrapar mi mirada. Tuve que verlo, y no hubo más remedio que saludar. Era realmente extraordinario. No había intercambiado una palabra con él en una semana, y sin embargo en ese tiempo me había propuesto matrimonio, había sido rechazado, había peleado conmigo y se había reconciliado.

Era típico de Jim olvidar el Día del Fundador, como llamábamos al cumpleaños del bisabuelo, y fijar la filmación para el 12. Por supuesto, entonces no lo sabíamos. Fuimos a la granja, papá y mamá y el abogado de los Peabody, el señor Whittle. Evans llevó una cesta, y yo tenía el ramo anual para la tumba.

—Es una costumbre ridícula —dijo papá a mamá—. No sé por qué tu abuelo pensaba tanto en su cumpleaños. Fue la única vez en su vida que todo el mérito se lo llevó otro.

Cuando llegamos era mediodía, y hacía mucho calor. Todos estaban tan desagradables que los dejé allí: papá y el señor Whittle jugando cribbage sobre la lápida, y mamá leyendo una novela bajo un árbol. Evans había puesto el vino a enfriar en el arroyo y se limpiaba el barro de los zapatos. Yo me escabullí hacia el bosque, y muy pronto llegué a las ruinas de lo que había sido la casa original de los Peabody. Había enredaderas ocultando la fealdad de los troncos quemados —sí, era una casa de troncos—y cerca estaba lo que había sido la casa del manantial. No quedaba más que parte de la pared, y el manantial se había extendido formando un pequeño lago bordeado por el viejo jardín vuelto silvestre: girasoles y don diegos de la tarde echando semilla, flox morado y madreselva coral, y bajo los pies un enredo de trébol maduro.

Sin duda mi bisabuela Peabody hacía mantequilla allí, y de pronto deseé que siempre hubiéramos permanecido en el viejo lugar, que yo pudiera hacer mantequilla y casarme con alguien que no tuviera tres generaciones detrás de él. Sentí con fuerza que el verdadero estado de la familia estaba representado por las pálidas malvarrosas del jardín a mi alrededor, más que por el césped próspero de casa. Era natural que pensara en el señor Balsinger, y de ahí a verlo cabeza abajo en el estanque solo había un paso.

Él estaba de pie justo enfrente, junto a la pared de la casa del manantial, con una correa de cuero en la mano. Al verme dejó de mirar y se quitó el sombrero. Era evidente que se alegraba de verme.

—Buscaba una bestia —gritó alegremente—, y encuentro belleza. ¿Hay alguna manera de cruzar este foso que rodea el castillo familiar?

—No necesita cruzar por aquí —respondí indignada. ¡El castillo familiar, nada menos!

—Pero sí necesito —insistió, saltando de un tronco a otro—. Es la primera vez que la veo sin un fondo de parientes, en todo el tiempo que la conozco.

Ya estaba del otro lado.

—Usted nunca me ha conocido en absoluto —empecé—; y hacer lo que hizo, ir con papá y decir...

—Eso es justamente, Alicia —interrumpió con entusiasmo—. Era la única manera de conocerla. Cada vez que miraba hacia la calle, usted se escondía detrás de un seto compuesto de antepasados y familia presente. Tendrá que admitir que la familia siempre estaba allí.

—Usted dijo —le recordé furiosa— que deseaba haber huido conmigo y casarse primero, y luego telegrafiar a papá.

—Y lo deseo —dijo tranquilamente—. Cuando uno piensa tanto en una muchacha que se deja clavar con un elefante blanco blanqueado con peróxido y amoníaco, es hora de conseguir a la muchacha.

—No me sorprende, si este es su método habitual de conseguir lo que quiere —estallé—. Nunca oí cosa igual. ¡Usted... usted actúa como si estuviera negociando por un ternero de dos cabezas, con igual sentimiento!

Él se mostró realmente sorprendido.

—¿Sentimiento? —repitió—. ¡Temo empezar a hablar de eso por miedo a no poder parar! Fui primero con su padre, para hacer lo correcto, pero... ¿sentimiento? Muchacha, la amo tanto que tendrá que amarme. ¡No podrá evitarlo! Míreme.

Me tomó ambas manos, y sentí extraños cosquilleos donde el orgullo Peabody se escapaba por mis dedos. Sus palmas desnudas estaban calientes, y estaba muy cerca, mirándome directo a los ojos.

—¿Amor? —dudé—. Pero por qué... por qué no dijo...

De pronto, como si hubiera visto lo que quería ver, levantó la cabeza con un gesto rápido y subió mis manos hasta sus hombros.

—¡Usted! —dijo—. ¡Usted también! ¿No es maravilloso?

—¡Suélteme! —grité, presa del pánico—. Sabe que es imposible. Nunca me escucharían. ¿Qué... va... a... hacer?

—¿Hacer? —se burló—. Voy a besarla, Alicia. Si no lo aprueba, cierre los ojos. ¡La amo, la amo, muchacha! ¡En todo el mundo solo existe usted!

Me besó entonces—bastantes veces—y al final, prolongadamente, en la boca.

—Nuestro beso de compromiso —exclamó, aún sosteniéndome cerca—. Sí, nuestro beso, mi dama, ¡porque usted también me besó!

De pronto me soltó y se quedó mirando por encima de mi cabeza hacia algo más allá.

—¡Santo cielo! —dijo, cuando un grito llegó desde la dirección del claro, y otro, como un llamado de caza, desde el bosque detrás de nosotros—. ¡Lo olvidé por completo!

—¿Olvidó qué?

—Nada —evadió—, solo... tengo que irme. Olvidé algo que no puede esperar. Yo... —Su voz se apagó; aún miraba hacia el bosque—. Puede que no tenga otra oportunidad —dijo—. No me importa lo que pase, ¡voy a besarla de despedida!

—No, si hay prisa.

Me aparté de él. Hubo otro grito, más cercano ahora.

—Quédese justo donde está —dijo de pronto—. O quizá mejor súbase a ese tronco. Eso es mejor. Ahora, pase lo que pase, no se mueva de allí—ni un pie, ni una pulgada.

—No veo por qué... —empecé, pero él ya se había ido, corriendo entre la maleza con la cabeza baja. Una vez se detuvo y rompió una rama de un arbolito, luego siguió y desapareció. Me quedé en el tronco un rato. Luego—me pareció tan tonto, y él no tenía derecho a ser tan autoritario, cuando ni siquiera estábamos realmente comprometidos—empecé a avanzar lentamente hacia el claro.

Parecía haber mucha gente alrededor. Dos hombres excitados cruzaron mi camino, y uno me gritó algo—no pude oír qué. Luego llegué al borde de una pequeña colina, con el claro justo debajo; y de pronto comprendí lo que estaba pasando.

Nuestro coche había sido llevado al centro del claro, y los caballos quitados. Los respaldos de los asientos estaban volteados, y el almuerzo extendido sobre ellos; pero nadie comía. De pie, agrupados sobre la mesa improvisada, estaban papá, mamá y el señor Whittle, mientras Evans estaba en la parte trasera del coche, con una botella de *sauterne* en la mano y la cara blanca como la leche. Sentado

en la lápida, con la lengua afuera por el calor, su melena raída agitándose con la brisa, y la cola ondeando benevolencia y expectativa, estaba el señor Pickwick.

Justo cuando llegué a la vista, papá se inclinó sobre la mesa, con los ojos fijos en el león.

—¡Maldita sea! —gimió—. Se ha comido el último sándwich. Evans, ¿no tienes nada más? ¿Dónde está esa ensalada de langosta?

—Perdón, creo que ya la terminó, señor —balbuceó Evans, sin volverse—. Creo que queda algo de pastel, señor.

El señor Whittle se agachó ansioso y encontró el pastel. Al levantarse, Pickwick, que había estado ronroneando con un ruido como trueno lejano, levantó una pata impaciente y golpeó con fuerza una rueda del coche. El señor Whittle dejó caer el pastel como si le hubieran disparado, y desapareció en dos bocados. Papá estaba fuera de sí.

—¿Qué significa hacer eso? —exigió con reclamo—. Podríamos haber hecho que durara una hora. ¡Usted... usted es extremadamente descuidado, Whittle!

—No importa —dijo el señor Whittle con fingida alegría—. Puede que lo sacie. Ha comido suficiente caviar y langosta como para matar casi cualquier cosa. Pruebe con estas aceitunas.

Pero al señor Pickwick le gustó el pastel. Esperó más, y como no había, se levantó sobre sus viejas patas e intentó meterse en el coche. Mamá lo golpeó con su sombrilla, y él retiró la cabeza y cerró los ojos, encogiéndose como un gato doméstico.

—¡No haga eso! —gritó papá—. ¡No... haga... eso! Lo harás enojar. ¡Buen viejo, buen viejo! ¡Rayos, no le gustan las aceitunas!

Al principio estaba terriblemente asustada, pero ahora podía ver una docena de hombres apostados alrededor del claro, detrás de los árboles. Incluso creí distinguir a Jim, con casco y polainas, y cerca de él a un hombre con un traje gris como el del señor Balsinger, solo que llevaba una caja negra al frente, sujeta al cuello con una correa.

El señor Pickwick se sentó de pronto y persiguió algo a lo largo de su cola hasta la punta. Luego empezó a dar vueltas alrededor del coche, frotándose contra las ruedas y ronroneando, mientras papá y los demás giraban como trompos para mantenerlo de frente. Con la emoción y el sol, la sangre Peabody empezó a hervir, y mamá se inclinó inesperadamente y le dio al señor Pickwick tres firmes golpes con su sombrilla. Él se sorprendió tanto que soltó un pequeño chillido, y luego salió corriendo, mirando hacia atrás para ver si ella lo seguía, y

agachándose como un gato asustado. Justo fuera del claro se topó con un cuidador y, tras un pequeño forcejeo, fue capturado. Por supuesto, ellos no lo vieron. Papá se había dejado caer en el respaldo de un asiento y se secaba la cara, mientras mamá intentaba aparentar que golpear a fieras con una sombrilla de lino era una simple bagatela.

—¡Un león! —explotó papá—. ¡Por mi vida, no lo habría creído! Si no fuera a diez millas de la ciudad, sospecharía de ese idiota de Balsinger y su arca de Noé. ¡Nunca oí cosa igual! Evans, trae los caballos. Tenemos que irnos antes de que regrese.

Pero Evans no quiso poner un pie en el suelo. Dijo que el coche podía echar raíces y crecer allí, por lo que a él respectaba. Nunca habría pensado que Evans tuviera eso en él. Y entonces, bastante tarde, se acordaron de mí.

—¡Alicia! —dijo mamá, poniéndose de pie y palideciendo; y debo reconocerle que intentó salir del coche. Pero en ese momento apareció el propio señor Balsinger y la escuchó.

—Ella está perfectamente a salvo —dijo—. El león ha sido capturado, y no ha pasado nada. Si me dicen dónde están sus caballos...

—¡Nada! —bufó papá—. ¡Sabía que tenía algo que ver con esto! ¡Maldita sea su insolencia! ¡Le enseñaré a poner en peligro mi vida y luego venir a decir que no ha pasado nada!

Lo vi alcanzar el látigo y al señor Balsinger cruzarse de brazos sin moverse; entonces corrí colina abajo entre los arbustos. Cuando llegué al claro, Evans y el señor Whittle sujetaban a papá, y el señor Balsinger estaba en el mismo lugar, con una línea roja en la mejilla y sangre saliendo de un corte en la oreja. Papá estaba fuera de sí.

—¡Le digo que nunca se casará con ella! —gritaba—. ¡No se atreva a desafiarme, haciéndome el centro de un espectáculo de circo! ¡Usted y sus serpientes y sus leones y su insolencia!

—Papá, ¿no le da vergüenza? —le reproché—. Mire lo que ha hecho. Él está sangrando.

—¿Sangre? —se burló papá—. ¡No es sangre; es limonada rosada! ¡Suéltame, Whittle!

—Evans —dijo tranquilamente el señor Balsinger—, tengo un asunto familiar que discutir con el señor Atwood. Supongo que puede ir por los caballos.

Evans fue; la gente solía hacer lo que el señor Balsinger decía. Luego se volvió hacia mí.

—Alicia —dijo—, pensaba esperar hasta octubre, pero dadas las circunstancias será mejor casarnos a fin de este mes... digamos el 25; para entonces podría reunir algunas cosas.

El señor Whittle estaba solo, y era pequeño. Papá lo sacudió y empezó a salir del coche.

—Lamento que las cosas hayan tenido que ser como han sido —continuó el señor Balsinger, sin mirar a papá—. También lamento parecer amenazante; pero en verdad, si su padre no se controla mejor, tendré que hacerlo yo.

—¿Hacer qué? —preguntó el señor Whittle desde el coche.

—Verá, Alicia, aunque la fuga del señor Pickwick no fue premeditada—fue culpa de su hermano, que soltó la cuerda—, al salir para filmar una película, y presentándose la oportunidad justo ahora, logré obtener lo que será la cinta más popular del país. Ese momento en que el caballero dejó caer el pastel, y el otro, cuando su madre valientemente golpeó a la fiera en la nariz con su sombrilla... no vendería esas escenas ni por medio millón de dólares. Si me apresuro —miró al cielo— creo que puedo usar la película esta noche. La iglesia Emmanuel tiene su picnic hoy en el parque, y...

Mamá dio un pequeño jadeo y se enderezó.

—¡No se atrevería...! —empezó.

—¿Qué no me atrevería... por usted, Alicia? —me preguntó. Claro que, si fuera miembro de la familia, no pensaría en exhibirlo en lo que quizá no sea una luz favorable. El terror real es inconfundible. No puede fingirse.

—¡Seguramente ningún caballero haría semejante vileza! —repitió mamá débilmente.

—No, a menos que se viera obligado, Alicia. Por supuesto, podría arreglarse. Si, por ejemplo, su padre admite que esto en mi pañuelo es sangre, y no limonada rosada...

Papá—: ¡Me ahorcarán antes! ¡No quiero hablar con usted!

Sr. Balsinger—: Y que en lugar de un espectáculo de luces en mi escudo de armas, pueda tener un león rampante...

Papá—: ¡Lo demandaré! ¡Pediré una orden judicial!

Sr. Balsinger (girando)—: ¡Para esta noche!

Mamá—: Alicia, ¿no hablarás en serio de casarte con esta persona?

Alicia—: No sé. Yo...

Sr. Balsinger—: ¿Lo estás?

Alicia (débilmente)—: Sí.

Sr. Balsinger (a papá)—: ¿Sangre o limonada rosada?

Papá (hosco)—: Sangre.

Sr. Balsinger—: ¿Y un león rampante en mi escudo de armas?

Papá—: ¡Un león, maldito seas!

—¡Excelente! —dijo el señor Balsinger con entusiasmo—. Ahora todos estamos felices y amistosos otra vez, y olvidaremos esa película. Alicia, mi automóvil está justo al otro lado de ese campo en el camino—lo dejé allí para que no tuviera que caminar mucho.

—Súbete al coche, Alicia —ordenó mamá.

Me quedé entre ellos, indecisa por un momento. Luego... vi sus ojos, y a pesar de toda su seguridad, estaban tensos y ansiosos.

—A-adiós, mamá —dije, y le tendí la mano a él.